

Globethics Repository



Paz e Iglesia italiana [Peace and Italian Church]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Novelli, Gianni
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-15 12:43:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213496

Paz e Iglesia italiana

por
Gianni Novelli

En junio de 1981 fui invitado al Kirchentag, la asamblea general de los protestantes alemanes, en Hamburgo. Me impresionó la importancia central del tema de la paz en la vida de aquellas comunidades y en la reflexión de aquellas iglesias, que desembocó después en la grandiosa manifestación del 24 de junio con cien mil personas por las calles de la ciudad.

En los meses sucesivos participé en la organización de la marcha por la paz en Roma, del 24 de octubre. Entre las muchas veces que se manifestaron en aquella ocasión me impresionó la ausencia de los católicos. Es más, se manifestaron expresiones de sospecha si no de condena por parte de asociaciones y movimientos católicos que, por otra parte, eran sensibles a los problemas sociales. Pocos meses más tarde conocí en los Estados Unidos a varios grupos de religiosos pacifistas, los hermanos Berrigan, el jesuita P. Richard Mc. Sorley, algunos obispos católicos pacifistas, la fuerza de movimientos como Pax Christi o la dedicación de congregaciones religiosas femeninas o de órdenes como los franciscanos. Recuerdo conmovido la oración del P. Berrigan durante una manifestación ante el Pentágono el 28 de diciembre de 1981: «Señor te damos gracias por el movimiento por la paz europeo». Me preguntaban acerca del compromiso en favor de la paz en Italia y sobre la participación de las iglesias. Conocían el cambio de la situación estratégica europea en la instalación de los euromisiles y, especialmente los católicos, se preocupaban por nosotros. No podía responder sino prometiendo mayor dedicación futura. De nuevo en Roma, con abundante material y tantas inspiraciones me convencí de que era necesario dedicarse a su organización y difusión con el fin de que también aquí creciese el compromiso de los creyentes en favor de la paz, no sólo porque Italia constituye un centro motor (pensemos, por un lado, en lo que representa el Vaticano para el catolicismo y, por el otro, Asís para el

franciscanismo) sino también porque Italia está destinada a desarrollar un rol importante en la estrategia de los euromisiles con la instalación en Comiso de los misiles Cruise.

No se trataba de iniciar un movimiento, sino de ofrecer un servicio de información, documentación y contacto con el fin de desarrollar el compromiso potencial latente en las personas y grupos cristianos. Dada la particular situación política y religiosa italiana este esfuerzo podría ser realizado sólo si se mantenía completamente independiente de los partidos políticos y de la jerarquía de las instituciones religiosas (por esto fue calificado con la denominación no muy feliz de «interconfesional»). La participación en la manifestación por la paz en los Estados Unidos con ocasión de la segunda asamblea extraordinaria de la ONU en favor del desarme en junio de 1982 acrecentó los contactos, los materiales y el apoyo a este proyecto.

En octubre de 1982 con algunos amigos romanos constituimos legalmente el Centro como Asociación Cultural, encontrando amable cobijo y recíproca colaboración con la agencia de información «Adista». Desde entonces, con muchos voluntarios y amigos colaboradores hemos proseguido intensamente nuestra «oración y acción por la paz».

Los obispos católicos de Estados Unidos llegaron a la conclusión, en mayo de 1983, de un apasionado itinerario aprobando una larga carta pastoral titulada «El desafío de la Paz». Al comienzo dicen: «Como obispos y pastores que ejercitan su ministerio en una de las mayores naciones nucleares, hemos conocido directamente este terror en las mentes y en los corazones de nuestro pueblo y también nosotros lo compartimos. No queremos tomar a la ligera el temor de la gente y queremos decir una palabra de esperanza y de ánimo en una época de terror» (n. 2). Los obispos sienten el peso de su especial responsabilidad «en cuanto americanos, ciudadanos de la primera nación productora de bombas atómicas, de la única nación que las ha utilizado y de una de las pocas que hoy pueden influir de modo determinante en el desarrollo de la era nuclear» (n. 3). A esta sensibilidad moral basada en el conocimiento científico y en el sentimiento colectivo han llegado los obispos por el influjo de las voces, de las manifestaciones y testimonios que se han multiplicado en estos últimos años y que genéricamente llamamos el «movimiento pacifista». En los Estados Unidos tal movimiento se relaciona con la presencia de las iglesias históricas pacifistas refugiadas aquí pero procedentes de Europa, a la lucha en favor de los derechos civiles, a la reacción de los grupos pacifistas y de los científicos «arrepentidos» tras las explosiones de las bombas atómicas y, finalmente, a la guerra del Vietnam. El aparato industrial-militar no había sido «desarmado» a la vuelta de los soldados americanos, sino que había sido dedicado a los nuevos y sofisticados avances de la carrera de armamentos. La reacción a tal carrera y el rechazo de las justificaciones ideológicas ha conseguido contagiar a comunidades, parroquias e instituciones religiosas de todos los tipos, dando vida a nuevas condiciones políticas y culturales. Tenemos que pensar que mientras el catolicismo ha sido siempre filogubernativo en los Estados Unidos, prevalen-

temente interesado por sus instituciones, con el compromiso por la paz se ha transformado en la mayor fuerza de oposición de la política social gubernamental, nacional e internacional. La reciente redacción de la Carta Pastoral sobre la economía constituye una crítica severa a todo el sistema ideológico americano y toma su punto de partida de la «creciente militarización de la economía estadounidense y mundial» (n. 13). Los generales del Pentágono dicen claramente que el mayor obstáculo encontrado para sus planes proviene de las Iglesias. ¡Buena señal! También está en sintonía con cuanto indicaba el grupo de expertos que preparó el programa electoral conservador de Reagan, que con el nombre de «Documento de Santa Fe» indicaba la exigencia de oponerse a los fermentos de las comunidades cristianas de base y a los teólogos de la liberación si se quería mantener el continente latinoamericano en calma.

Los obispos norteamericanos se dirigen en su Carta Pastoral «a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos y a los operarios pastorales» y les dicen «como obispos damos cuenta cada día de que dependemos de vuestros esfuerzos». Estoy convencido de que tal «dependencia» se refiera sobre todo a los religiosos y religiosas. Ellos, en efecto, desde las escuelas se han visto más involucrados en las manifestaciones pacifistas: ocultaron a los objetores de conciencia durante la guerra del Vietnam y se sintieron interpelados por sus hermanos y hermanas que en América Latina se enfrentaban a las dictaduras militares impuestas o sostenidas por el Gobierno americano. He admirado siempre a S. Benito y a menudo voy al monasterio de Subiaco en busca de paz. Pero he llorado de alegría cuando en Nueva York, el 12 de junio de 1982, en la interminable manifestación por la paz he visto una pancarta que decía «Benedictinos por la Paz» y alrededor centenares de monjas benedictinas con carteles y escritos que testimoniaban que la «pax» propuesta como ideal por San Benito constituye hoy un empeño concreto frente a la amenaza de la catástrofe nuclear. El saludo franciscano «paz y bien» me ha resultado completamente nuevo y exultante cuando he visto docenas de frailes y hermanas franciscanas trabajando en los centros por la paz, en las oraciones, ayunos e iniciativas no violentas contra la destrucción de la madre tierra operada por las pruebas atómicas, o contra el hambre de los pobres del mundo producida por los gastos desorbitantes que impone la carrera de armamentos. He visto a las hermanas «Dominicas por la paz» con un cartel «La verdad nos hace libres, no las armas». Los carmelitas retoman su originaria tradición de no violencia que les enfrentaba a las cruzadas de Palestina. Jesuitas, Josefinos, Misioneros de Maryknoll, Ursulinas, Hermanas de Notre Dame, etc., se dedican a la paz, viviendo así una nueva, urgentísima obediencia a la propia vocación religiosa. Religiosas y religiosos parecían, a menudo, personajes de otros tiempos por su modo de vestir, de vivir, de trabajar y de razonar. La respuesta que muchos de ellos han sabido dar al «reto de la paz» demuestra lo contrario. Al asomarse a un tiempo que parece ser el último de la historia y que, ciertamente, se presenta con tintas oscuras e inciertas, se han sentido motivados a encontrar en su historia y en sus raíces una nueva valentía. Los religiosos se han encon-

trado más libres de las ataduras institucionales del presente y más capaces de otear, antes y mejor que los demás, el futuro captando todos los riesgos y amenazas. En este tiempo los religiosos, al menos una parte, vuelven a ser la «reserva escatológica» de la Iglesia y anuncian a todos los seguros habitantes de la Iglesia y de las instituciones la cercanía de la hora «última».

Conservo el recuerdo de los días 21 y 22 de octubre de 1983 cuando por primera vez, de manera visible y pública, se pudieron recoger frutos de este trabajo de información y estímulo. El 22 de octubre se celebraba en toda Italia el día de la ONU en favor del desarme.

En los últimos días en todo el mundo se organizaban grandes manifestaciones por la paz. Mientras que el 24 de octubre de 1981 los grupos católicos se habían mantenido a sospechosa distancia, ahora un grupo católico, las ACLI (Acción Católica de Obreros Italianos) estaba entre los organizadores principales. Con los franciscanos, el grupo romano de Pax Christi y la Cáritas romana habíamos organizado durante la noche del 21 una vigilia de oración por la paz que fue presidida por el superior general de los franciscanos, padre John Vaughn. Participaban centenares de monjas, concelebraban un centenar de religiosos y tuvo una apasionante homilía el sacerdote Sirio Politi, presidente del Mir. El recuerdo de la basílica franciscana iluminada, bajo la pancarta «Cristianos por la paz» y el compromiso expresado por los testimonios recibidos en la Iglesia permanecerá indeleble. Al día siguiente, entre cientos de miles de personas que participaban en una manifestación bellísima por la paz llamaron la atención las decenas de franciscanos tras la pancarta «Franciscanos por la paz». Junto a ellos los representantes de otras congregaciones, comunidades, banderas de las ACLI, centenares de uniformes de los scouts y pañuelos violetas de los protestantes.

Los periódicos y la televisión difundieron aquellas imágenes y contribuyeron a relanzar en Italia la vocación de los cristianos como pacifistas por naturaleza. El padre Marco Malagola, responsable de la comisión Justicia y Paz de la curia general de los Menores franciscanos escribía en aquella ocasión: «Estoy convencido de que hoy Francisco hubiera estado aquí con nosotros. Ha sido un día inolvidable. Un testimonio cristiano nuevo, un redescubrimiento profético de nuestro ser franciscanos por la paz. Hemos comprendido que ha llegado el momento de salir de nuestra actitud pasiva y de profundizar en la sensibilidad de los jóvenes sembrando en ellos una auténtica educación por la paz. También para nosotros ha sido la marcha del encuentro y del diálogo».

El trabajo del Centro Interconfesional por la paz me permite ser un espectador privilegiado de las mil acciones, propuestas, testimonios por la paz que desde entonces en Italia tienen como protagonistas a cristianos, tanto individualmente como comunitariamente. Esto me llena de alegría y esperanza porque se realiza la palabra de Jesús: bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios (Mt. 5,9).